

COLECCIÓN
memoria | 1

Vivos se los llevaron, vivos los queremos

Testimonios
de madres de
niñas y niños
desaparecidos
en el conflicto
armado de
El Salvador

Editado por:

Reds - Red de solidaridad para la transformación social

Fecha de Publicación:

Marzo, 2023

Diseño Gráfico:

Ximena Chapero · www.ximenachapero.com

Fotografías:

Gerson Nájera, Dream Factory Studio

dfstudio.sv@gmail.com

Se permite difundir, distribuir y copiar/compartir públicamente el contenido de esta publicación siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta publicación sin los créditos debidos.

Reds es una asociación creada en 1999 en Barcelona que tiene como objetivo principal promover la transformación social a través de tres ejes de intervención: la cooperación internacional, la educación para la justicia global y la incidencia política para la protección internacional de los Derechos Humanos.

Desde hace 16 años, Reds colabora con la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos de El Salvador en la investigación de casos de desaparición forzada. El compromiso de Reds con la reparación, la verdad, la justicia y las garantías de no repetición para las víctimas de desapariciones forzadas nos ha llevado a crear la Colección Memoria que reúne testimonios de quienes han sufrido este delito de lesa humanidad en diferentes latitudes.

Agradecimientos

Esther, Eusebia, Francisca, Inés, Isabel y Margarita gracias por confiarnos sus historias. Son ejemplo de resiliencia, valor y lucha, les debemos mucho. Esperamos que esta publicación contribuya a su camino hacia la verdad.

También gracias a Pro-Búsqueda por facilitarnos el acceso a los testimonios y por ser incansables en su labor.

Finalmente, damos las gracias a la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament (ACCD) por haber hecho posible este proyecto.

“

No estoy aceptando
las cosas que no puedo
cambiar, estoy cambiando
las cosas que no puedo
aceptar.

Angela Davis

”



Índice

Introducción	2
Contexto	4
Testimonios	9
Francisca	10
Esther	15
Margarita	18
Isabel	23
Inés	28
Eusebia	31
Reflexiones	33

Introducción

Desde 2007, Reds colabora con la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos de El Salvador en la investigación de casos de desaparición forzada, promoviendo el acceso de las víctimas a la justicia y a la reparación, incidiendo políticamente para establecer medidas de no repetición y fortaleciendo la capacidad de resiliencia de quienes son víctimas de este delito de lesa humanidad.

Nuestro compromiso con las víctimas de desaparición forzada, en cualquier lugar donde se cometa este delito, nos ha llevado a crear la “Colección Memoria” cuyo primer volumen, “Vivos se los llevaron, vivos los queremos”, recoge el testimonio de seis mujeres que vivieron, y siguen sufriendo, la desaparición forzada de un ser querido durante el conflicto armado en El Salvador (1980-1992). Mientras que cinco de los testimonios son de madres cuyos hijos e hijas fueron desaparecidos, otro testimonio busca a su madre y a sus hermanos desaparecidos en medio de un operativo militar.

Durante el conflicto armado salvadoreño y, sobre todo, entre 1980 y 1984, se llevaron a cabo numerosos operativos militares contra la población civil en los que se perpetraron masacres y desplazamientos forzados. Esta estrategia de contrainsurgencia incluía la desaparición forzada de niños y niñas, que no sólo infringía un profundo dolor a las familias, sino que, bajo la perspectiva militar, impedía el relevo generacional de la guerrilla.

La práctica de la desaparición forzada comportaba, irremediablemente, la separación de los niños y niñas de sus familias, la desintegración familiar y la pérdida de identidad de estos menores. En este volumen, encontramos relatos de madres de niñas y niños desaparecidos en medio de operativos militares y de masacres, como son los casos de Francisca, Esther y Margarita. A las dos primeras, les costó décadas volver a reencontrarse con sus hijas. Vieron como se las llevaron, así que nunca perdieron la esperanza de que estaban vivas. Por su parte, Margarita todavía espera conocer qué ocurrió con sus hermanos.

También quedan documentados testimonios como el de Isabel, Eusebia e Inés, que fueron víctimas de las redes fraudulentas de adopción que operaban en aquella época. Durante la guerra, muchas mujeres que se encontraban en situación de vulnerabilidad fueron engañadas para dar a sus hijos e hijas en adopción, sin su verdadero consentimiento.

Mientras que la desaparición forzada de niños y niñas respondía inicialmente a motivos políticos y militares, rápidamente generó un negocio muy lucrativo. Se crearon redes de adopciones irregulares en las que operaban funcionarios, abogados, miembros del Órgano Judicial y militares que contribuyeron a la adopción de esos niños y niñas a cambio de notables beneficios económicos.

La práctica de la desaparición forzada comportaba, irremediablemente, la separación de los niños y niñas de sus familias, la desintegración familiar y la pérdida de identidad de estos menores.

Una vez acabada la guerra con la firma de los Acuerdos de Paz (1992) y el establecimiento de la Comisión de la Verdad para investigar las violaciones de Derechos Humanos cometidas durante el conflicto, las familias de personas desaparecidas se empezaron a movilizar para encontrar a sus seres queridos.

En 1994, un grupo de madres que buscaban a sus hijos e hijas crearon la Asociación Pro-Búsqueda. Francisca, cuyo testimonio queda recogido en este cuaderno fue una de ellas. Hasta el día de hoy, Pro-Búsqueda ha localizado a 465 de estos niños y niñas, hoy en día personas adultas, y ha promovido más de 287 reencuentros. Otros 561 casos siguen pendientes de resolución.

La contribución de Pro-Búsqueda a la justicia transicional en El Salvador ha sido especialmente significativa. Fue la primera organización en promover una sentencia condenatoria al Estado de El Salvador por parte de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. En 2011 consiguió la segunda condena de este tribunal regional y en 2014 la tercera. También ha promovido diversas iniciativas legislativas a favor de la reparación de las víctimas del conflicto armado.

Algunas de las madres que nos comparten su testimonio han podido reencontrarse con sus hijos e hijas gracias al banco de perfiles genéticos que Pro-Búsqueda lleva años alimentando. Aun así, los reencuentros no han sido nada fáciles. Muchos de los niños fueron dados en adopción a familias en países extranjeros, sobre todo de Estados Unidos, y han perdido sus vínculos biológicos. Además, muchos de ellos no hablan español y no pueden comunicarse fluidamente con sus familias.

Todavía quedan muchos casos por resolver y la deuda en materia de verdad, justicia y reparación para las víctimas sigue vigente. La desaparición forzada tiene impactos devastadores en las víctimas y en sus familias y genera un sufrimiento continuado que, en el caso de El Salvador, lleva perpetuándose desde hace cuatro décadas. Naciones Unidas equipara este sufrimiento a un acto de tortura.

En algunos casos, las niñas y niños que fueron separados de sus familias en los operativos militares fueron asesinados. Sus familias no han podido llorar sus muertes ni tienen un lugar donde poner flores, se les imposibilita hacer el duelo y poder sanar y superar estas pérdidas.

Sus familias no han podido llorar sus muertes ni tienen un lugar donde poner flores, se les imposibilita hacer el duelo y poder sanar y superar estas pérdidas.

Las víctimas de desapariciones forzadas y otros afectados por el conflicto armado en El Salvador siguen exigiendo una ley de justicia transicional que permita investigar y enjuiciar los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el conflicto armado. Sólo a través de la verdad, la justicia y la reparación se puede caminar hacia la verdadera paz.

Contexto

El conflicto armado de El Salvador (1980-1992) ha sido uno de los más largos y sangrientos de la historia reciente de Latinoamérica. Aunque nunca fue oficialmente declarada, se considera que la guerra inició formalmente el 10 de enero de 1981, cuando las fuerzas insurgentes del Frente Farabundo Martí para la Liberalización Nacional (FMLN), atacaron de forma simultánea diversas guarniciones y poblaciones del país, comenzando así una ofensiva armada a gran escala.

Aunque este ataque tomara por sorpresa a las Fuerzas Armadas, era el desenlace previsto de años de represión, graves violaciones a los Derechos Humanos y deterioro de las condiciones de vida del pueblo salvadoreño. La situación de autoritarismo, militarismo y opresión social se había ido exacerbando en los años previos al conflicto, cerrando aceleradamente el espacio para la oposición política y anulando la independencia de los poderes judicial y legislativo.

En los primeros años del conflicto, siguiendo la estrategia militar de “tierra arrasada”¹, el Ejército salvadoreño y grupos paramilitares, con la aquiescencia del Estado, perpetraron crímenes de lesa humanidad de manera sistemática. El número de personas muertas durante el conflicto armado asciende a 75.000 y más de 10.000 personas fueron desaparecidas forzosamente.

El número de personas muertas durante el conflicto armado asciende a 75.000 y más de 10.000 personas fueron desaparecidas forzosamente.

Las niñas y niños salvadoreños también fueron víctimas de desaparición forzada. Si bien no hay datos oficiales, organizaciones como la Asociación Pro-Búsqueda han registrado más de 1.000 casos.

En los testimonios que siguen en estas páginas se relatan diferentes tipos de desapariciones que se dieron durante el conflicto. Uno de ellos fue la sustracción de niños por parte de la Fuerza Armada durante operativos militares: algunas de las mujeres que comparten su testimonio vieron cómo se llevaban a sus hijos e hijas en helicópteros, mientras que otras simplemente nunca han encontrado los cuerpos y siguen en la duda permanente de si están vivos o muertos.

Nos escondimos, podíamos ver un llano dónde llegaban los helicópteros. Desde ahí vi cómo se llevaban a Elsy, a Andrea y a las dos hijas de Chicón, otro compañero, en el primer viaje. Pude reconocer bien a Elsy porque llevaba un vestido de color celeste, de tirantillas, con florcitas rosadas. Tuve el instinto de hacer algo, salir a buscarla, pero mi hija Marlene me jaló: “No mamá, si aparece la van a matar”. Tuve que ver como se llevaban a Elsy desde la distancia, para salvar a mis otros hijos².

La segunda tipología tiene que ver con el negocio de adopciones fraudulentas que se fue gestando, aprovechando la situación caótica del conflicto y la ausencia de mecanismos gubernamentales de vigilancia y protección para la niñez. Muchas mujeres dieron a sus hijos e hijas en adopción en momentos de mucha vulnerabilidad y pobreza, engañadas por los propios abogados y funcionarios que les hicieron creer que los volverían a ver. Mientras tanto, estos niños fueron trasladados al extranjero, con familias mayoritariamente europeas y estadounidenses.

1 Doctrina contrainsurgente diseñada desde la Escuela de las Américas y conocida como “Quitarle el agua al pez” cuyo objetivo principal era eliminar el apoyo que las comunidades campesinas ofrecían a los grupos guerrilleros. Estas incursiones militares comportaban el exterminio masivo de civiles, desplazamientos forzados de comunidades enteras, secuestro de niñas y niños y destrucción de los bienes de las comunidades. El objetivo era desarticular y destruir poblaciones consideradas “base social de la guerrilla”.

2 Testimonio de Francisca.

Un día, llegó una señora, que ya murió, y me contó que sus niños se habían ido con otra familia y que estaban bien. Mi corazón hizo un vuelco, porque el amor que una tiene por los hijos duele. Le pedí que me contara como había sido y me dijo que había un abogado que te lo arreglaba todo. Así que fuimos a ver a este Carballo, y me metió palabras que una va creyendo. “Se llevan a los niños, pero después van a venir a traerlos”, me decía³.

El conflicto armado se prolongó durante doce años, hasta la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec, en 1992. Una vez finalizado, y pese a innumerables esfuerzos de las familias, las instituciones del Estado salvadoreño se negaron a colaborar en la búsqueda de los niños desaparecidos. El reclamo de las desapariciones no consiguió interpelar a toda la sociedad salvadoreña, porque la mayoría de las víctimas eran campesinas y pobres, cuyas voces quedan frecuentemente invisibilizadas.

Ante esta impunidad, un grupo de madres de niñas y niños desaparecidos fundaron la Asociación Pro-Búsqueda en 1994, junto a aliados como el sacerdote jesuita Jon Cortina y el investigador Ralph Sprenkels. Desde entonces, esta organización ha conseguido localizar a 465 niños, hoy personas adultas, y ha promovido cerca de 300 reencuentros.

La práctica de la desaparición forzada como estrategia contrainsurgente

La desaparición forzada de personas fue una práctica sistemática de violación a los Derechos Humanos en El Salvador, ejercida y tolerada por el Estado, antes y durante el conflicto armado⁴. Formaba parte de una política de represión que incluía graves crímenes como detenciones ilegales, torturas, ejecuciones extrajudiciales, así como masacres indiscriminadas de población civil que no participaba en el conflicto armado.

La Comisión de la Verdad para El Salvador –que nació tras los Acuerdos de Paz de 1992 con el mandato de investigar los graves hechos de violencia ocurridos en el país desde 1980⁵– documentó que esta “política de terror” fue ejecutada por la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) y los cuerpos de seguridad dependientes de la FAES: Policía Nacional, Guardia Nacional y Policía de Hacienda. Además, se ha podido comprobar la existencia de “escuadrones de la muerte” artífices de la desaparición y muerte de miles de personas.

Los casos documentados por Pro-Búsqueda permiten atribuir como responsables directos del 52% de los casos de desaparición forzada de niños y niñas a la Fuerza Armada de El Salvador y a los desmovilizados cuerpos de seguridad. Según esta misma fuente, los miembros del frente guerrillero FMLN fueron responsables del 8% de las separaciones familiares forzadas. En el 65% de los casos, se trataba de menores de 7 años.

Los casos documentados por Pro-Búsqueda permiten atribuir como responsables directos del 52% de los casos de desaparición forzada de niños y niñas a la Fuerza Armada de El Salvador y a los desmovilizados cuerpos de seguridad.

Durante los operativos militares de principios de la década de los 80, fue frecuente la desaparición forzada de niños y niñas, mayoritariamente, en zonas rurales. Con el objetivo de impedir nuevas generaciones de guerrilleros y romper el apoyo que las comunidades ofrecían a los miembros de la guerrilla, el Ejército salvadoreño aprovechaba los operativos militares para llevarse consigo a niños y niñas de corta edad.

Después de la traumática separación de sus familias, el destino de estos menores fue diferente

3 Testimonio de Isabel.

4 Morales, David. “Dictamen pericial acerca de la desaparición forzada de niños y niñas durante el conflicto armado de El Salvador y la cuestión de la impunidad con posterioridad a dicho conflicto”. Corte Interamericana de Derechos Humanos. Caso de las hermanas Serrano Cruz vs. El Salvador. Sentencia de fondo y reparaciones de 1 de marzo de 2005.

5 De la Locura a la Esperanza: La Guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador. ONU. Mimeo.

en cada caso. Si bien, en un primer momento fueron trasladados a bases militares, posteriormente los llevaron a orfanatos o hogares sustitutos y, finalmente, fueron dados en adopción. En muchos casos, fueron adoptados por familias extranjeras lo que supuso, además, un cambio de identidad y una ruptura con su cultura de origen.

Las secuelas psicológicas de la separación forzada son profundas y, en algunos casos, los niños desaparecidos –hoy personas adultas- han llegado a rechazar sus orígenes, ahondando en una crisis de identidad no resuelta.

Pro-Búsqueda ha podido constatar que muchos niños y niñas separados de sus familias biológicas pasaron a formar parte de otras unidades familiares que les brindaron apoyo, seguridad y cariño. Otros, sin embargo, fueron víctimas de abuso y explotación.

Las secuelas psicológicas de la separación forzada son profundas y, en algunos casos, los niños desaparecidos –hoy personas adultas- han llegado a rechazar sus orígenes, ahondando en una crisis de identidad no resuelta.

Adopciones irregulares, ilegales y fraudulentas

Desde finales de los años 70, el número de adopciones que se realizaron en El Salvador creció exponencialmente. El contexto de conflicto armado favoreció la aparición de redes de adopciones fraudulentas, puesto que los mecanismos de control jurídico y gubernamental eran prácticamente inexistentes.

Durante ese período, se realizaron dos tipos de adopciones: las que incorporaban un proceso formal de adopción y las denominadas adopciones “de hecho” o apropiaciones, en la que los niños fueron registrados directamente como hijos biológicos de los padres adoptivos. Los trámites de identificación de la época eran sumamente fáciles y bastaba con presentar a dos testigos, si se requería, para dar fe de la filiación del niño en cuestión.

La atención internacional que suscitó el conflicto armado salvadoreño aumentó el número de solicitudes de adopciones en el extranjero, de tal forma que se generó una estructura de adopciones irregulares que generó cuantiosos beneficios económicos a personas sin escrúpulos procedentes de organismos judiciales, servicios sociales, Ejército, instituciones privadas, etc. Durante la guerra, llegaron a funcionar en El Salvador hasta cincuenta instituciones para niñez en situación de orfandad.

La preservación de la identidad de los niños no era una prioridad para las autoridades judiciales y cuerpos protectores de la época, por lo que era sumamente común la falsificación de identidades y documentos personales de los menores que entraban en proceso de adopción. Las irregularidades identificadas son múltiples y diversas: partidas dobles de nacimiento; alteración de la identidad biológica de los niños; desconocimiento por parte de los progenitores de las implicaciones del proceso de adopción, de la familia adoptante o del país de destino; y omisión de procesos investigativos adecuados, entre otros.

La lucha de las víctimas

Desde su creación en 1994, la Asociación Pro-Búsqueda ha venido reivindicando los derechos tanto de las niñas y niños desaparecidos como de sus familiares, trabajando para lograr su acceso a la verdad, justicia y reparación. Desde el final del conflicto armado y hasta la actualidad, el Estado salvadoreño se ha caracterizado por no asumir su responsabilidad por los daños ocasionados durante este período.

Las víctimas de la desaparición forzada de niños y niñas han sido especialmente beligerantes en el ámbito judicial, obteniendo significativos logros jurídicos, tanto en el sistema salvadoreño como en el interamericano.

Las víctimas de la desaparición forzada de niños y niñas han sido especialmente beligerantes en el ámbito judicial, obteniendo significativos logros jurídicos, tanto en el sistema salvadoreño como en el interamericano.



Protesta de familiares de niñas y niños desaparecidos en El Salvador.

Fuente: Asociación Pro-Búsqueda

El 1 de marzo de 2005, la Corte Interamericana de Derechos Humanos (Corte IDH) condenó al Estado salvadoreño en el caso de la desaparición forzada de las hermanas Ernestina y Erlinda Serrano Cruz. Fue un hecho histórico, pues se trataba de la primera sentencia condenatoria para el Estado de El Salvador procedente de un organismo jurídico internacional⁶.

Fruto de esta sentencia, el Gobierno salvadoreño creó en 2010 la Comisión Nacional de Búsqueda (CNB), con la misión de investigar casos de desaparición forzada de niños y niñas durante el conflicto. También se designó el 29 de marzo como el Día de la Niñez Desaparecida. Otras medidas de reparación, como la creación de un banco genético, siguen pendientes.

El 31 de agosto de 2011, la Corte IDH emitió una segunda sentencia por el caso “Contreras y otros”⁷. En noviembre de 2014, se emitió la tercera sentencia por la desaparición forzada de cinco niños en el caso “Rochac Hernández y otros”⁸. Con estas tres sentencias, Pro-Búsqueda se posiciona como la

organización civil salvadoreña con mayor número de sentencias obtenidas en el sistema interamericano de Derechos Humanos.

El Gobierno salvadoreño creó en 2010 la Comisión Nacional de Búsqueda (CNB), con la misión de investigar casos de desaparición forzada de niños y niñas durante el conflicto.

Actualmente, el caso por la desaparición forzada de los hermanos Rivas está pendiente de ser admitido por la Corte IDH para un nuevo proceso judicial.

A pesar de estos incuestionables logros impulsados por las propias víctimas, a 31 años de la firma de los Acuerdos de Paz, el derecho a la verdad, a la justicia y a una reparación integral a las víctimas del conflicto

6 Sentencia de fondo del caso Serrano Cruz (2005): https://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_120_esp.pdf

7 Sentencia de fondo del caso Contreras y otros (2011): https://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_232_esp.pdf

8 Sentencia de fondo del caso Rochac Hernández y otros (2014): https://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_285_esp.pdf



Reencuentro familiar promovido por Pro-Búsqueda.
Fuente: Asociación Pro-Búsqueda

armado sigue siendo una asignatura pendiente. La lucha contra la impunidad de los crímenes cometidos durante el conflicto armado requiere de medidas urgentes para garantizar el acceso a los archivos en poder del Estado que contengan información útil y relevante para la investigación de crímenes como la desaparición forzada de niños y niñas⁹.

El acceso a los archivos militares contribuiría a determinar qué ocurrió con los niños y niñas que fueron separados forzosamente de sus familias, permitiendo a las víctimas recuperar su identidad biológica y vínculos familiares. Las familias tienen derecho a saber qué ocurrió con sus hijos, a que se determinen responsabilidades individuales por el inmenso dolor causado y a que se garantice la no repetición de estos hechos.

A pesar de estos incuestionables logros impulsados por las propias víctimas, a 31 años de la firma de los Acuerdos de Paz, el derecho a la verdad, a la justicia y a una reparación integral a las víctimas del conflicto armado sigue siendo una asignatura pendiente.

9 Informe "Situación de derechos humanos en El Salvador". Comisión Interamericana de Derechos Humanos. 2021. En: https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/2021_ElSalvador-ES.pdf

Testimonios

Francisca



Mi nombre es Francisca. Nací el 3 de octubre de 1949 en Arcatao¹⁰. Mi papá era albañil y mi mamá trabajaba en los oficios de la casa, criaba gallinas y *cuches*¹¹. Mi papá también hacía su *milpa*¹², teníamos maíz y frijoles. Me casé cuando tenía catorce años con un hombre de treinta y dos. De quince años tuve a mi primer hijo. Mi vida con mi esposo fue feliz, nunca me tocó el pelo ni me regañó.

Todo cambió cuando vino la guerra, fue muy duro para nosotros. Ya no fue de gozar el tiempo, fue de sufrir... Cuando empezó el conflicto armado, ya tenía a mis seis hijos. El último lo tuve en el monte, yo solita. El primero se llama Orlando, el segundo Tulio, después vino Tobías que ahora está en Estados Unidos, la cuarta fue Marlene y después vino Elsy, que es la que me quitaron. El último se llama David Ernesto.

Elsy nació el 2 de febrero de 1972, en la casa. Yo me fui a lavar a un pozo, lavé *cobijas*¹³, tendí la ropa y me acosté en la hamaca, cansada. Al ratito sentí un *destraboncito*¹⁴ pero me puse a barrer y a hervir frijoles. Al rato me fui para

10 Arcatao es un municipio del Departamento de Chalatenango, en la República de El Salvador, cerca de la frontera con Honduras.

11 Cerdos.

12 Campo cultivado de maíz.

13 Sábanas.

14 Un pequeño desgarro.

la cama y mi esposo me preguntó: “¿Qué tenés? Voy a lo de la Tina”. Cuando vino Tina, la comadrona, vio que ya venía la niña. No tuve ningún problema, rapidito me salió, mamándose los dedos. ¡Venía con hambre! Era bien blanca, grande, gordita venía. Decían que se parecía a mí, es la única, porque los demás toditos están *crudos al tata*¹⁵.

Cuando se llevaron a Elsy fue el día del gran operativo. Ella tenía siete años. Había 17.000 militares en la zona y siempre había una bomba que detonaba. Tendieron el cerco militar: los *compas*¹⁶ a un lado y los soldados al otro. Nosotros teníamos que cruzar en medio. Yo escuché en la reunión que tuvieron los jefes de la guerrilla con mi esposo: “Cada uno que se salve”. Yo le dije a mi esposo: “Viste en lo que te metiste, si un hijo me falta, vos me lo vas a pagar”. Él era *responsable de masas*¹⁷ y sólo me dijo: “Cuando yo me *organicé*¹⁸, hice un juramento, si matan a la gente, ahí voy a morir yo”¹⁹.

Cuando se llevaron a Elsy fue el día del gran operativo. Ella tenía siete años. Había 17.000 militares en la zona y siempre había una bomba que detonaba. Tendieron el cerco militar: los compas a un lado y los soldados al otro.

Mis otros dos hijos también fueron guerrilleros, andaban armados. Un hijo mío se incorporó con doce años. Cuando mataron a su padre, él dijo que iba a vengar su sangre.

Nos estábamos escondiendo en el Cerro Grande. Ahí fue donde se llevaron a Elsy. Yo iba con el niño de dos años y Marlene, que tenía once. Elsy me decía: “Mamá, ¿por qué nos van a matar? Si nosotros no hemos robado”. Los soldados tiraban balazos y ella me preguntaba: “¿Por qué nos sacó de la casa, por qué nos tiene aquí?”. Mi marido podía caminar más rápido y se puso a Elsy en la nuca y se fue... nunca lo volví a ver.

Nos escondimos, podíamos ver un llano dónde llegaban los helicópteros. Desde ahí vi cómo se llevaban a Elsy, a Andrea y a las dos hijas de Chicón, otro compañero, en el primer viaje. Pude reconocer bien a Elsy porque llevaba un vestido de color celeste, de tirantillas, con florcitas rosadas. Tuve el instinto de hacer algo, salir a buscarla, pero mi hija Marlene me jaló: “No mamá, si aparece la van a matar”. Tuve que ver como se llevaban a Elsy desde la distancia, para salvar a mis otros hijos. Marlene enloqueció, sufrió tantas cosas que quedó enferma. Gracias a Dios ahora está bien.

El cuerpo de mi esposo no lo pudimos recuperar porque no vimos donde lo mataron. La única fe que yo tengo es que esté en la fosa que fuimos a ver. Después de esto estuvimos quince días andando, sin comer, sin beber. Bebíamos agua de los charcos. Fue muy duro andar por esos montes con los niños. Cuando me pedían comida les tapaba la boca.

Un día, el niño armó un berrinche porque tenía hambre. Tenía dos años y medio. Entonces el jefe ordenó al guerrillero que me lo quitara y lo ahogara. Ahogaron a seis niños, pero el mío sobrevivió²⁰. Yo no podía negarme porque también me hubieran matado, así que me quedé viendo, no lloré. Mi vida ha sido... Preferiría estar muerta que soportar tantas cosas.

15 Se parecen al padre.

16 Guerrilleros.

17 Responsable de guiar a grupos de población civil.

18 Ingresar a los grupos guerrilleros o movimientos revolucionarios.

19 Desde finales de 1981, la Fuerza Armada de El Salvador llevaba a cabo campañas militares, diseñadas a partir del concepto contrainsurgente norteamericano de quitarle el agua al pez. Estas operaciones se dirigían no tanto contra las unidades guerrilleras ya constituidas, sino más bien contra la población civil que le daba vida a la insurgencia en distintas zonas del país. Su objetivo era privar a la guerrilla de su principal fortaleza: el apoyo popular. Las montañas chalatecas fueron una de las retaguardias más importantes de las fuerzas insurgentes y, por ello, el departamento fue uno de los más afectados por los operativos de “tierra arrasada”, llamados así porque en su desarrollo no sólo se mataba a cuanta persona fuera encontrada, sino que se destruía toda fuente de vida. En un intento por dejar la tierra inhabitable, los soldados quemaban casas, mataban animales domésticos, destrozaban cultivos y envenenaban fuentes de agua. Durante estos operativos, la base de apoyo de la guerrilla, llamada “las masas” o “la gente de masas”, se juntaba en grupos de hasta mil personas y, por lo general, escuadras guerrilleras los escoltaban. Si los soldados se acercaban mucho, los guerrilleros se enfrentaban a los soldados en un intento por crearle una posibilidad para escapar a la gente de masas. Pero, aun así, las masacres eran frecuentes y la mayor parte de las víctimas eran civiles (Pro-Búsqueda, 2022, p. 61-61).

20 Para que los civiles no fueran descubiertos, se daban casos de homicidios de aquellos niños que lloraban o hacían ruido y que podían evidenciar dónde estaba el grupo de civiles. También hubo casos de madres que, al tapar la boca de sus hijos para que no lloraran, acababan quitándoles el aire.

A los veintidós días llegamos a Patamera. No había nada, estaba todo quemado... Recuerdo que me fui al pie de un *palo*²¹ de aguacate a llorar. Como estaba muerta en llanto no me había fijado que al ladito tenía el cuerpo de un hombre quemado, sólo quedaba de cintura para abajo. Se me acercó una señora y me preguntó si se habían llevado a mi hija. Le contesté que sí. Me preguntó si habían matado a mi marido. También le contesté que así era. Me dijo: “No te abatás. Vamos a hacerle huevos²², vamos a salir de esta mierda”.

Yo también me enloquecí. Soñaba con ellos, los veía *cabalito*²³ a ella y al papá. Un día, con mi compañera Mayda, a quién también se le habían llevado a su bebé, nos arrodillamos en una quebrada a pedirle a Diosito que un día íbamos a salir bien de eso, que iba a pasar la guerra y que íbamos a investigar.

Fuimos a sacar cera de una colmena e hicimos una candela y rezamos el rosario. Una viejita nos decía: “Los van a encontrar, están vivos y se los llevaron”. Tanto Mayda como yo casi enloquecemos, pero nos consolábamos y yo le decía: “Los vamos a encontrar”. Nunca acepté que mi hija estaba muerta. Yo sabía que estaban vivos porque los que mataron ahí los vimos y, los que se llevaron, en algún lugar tenían que estar.

Nunca acepté que mi hija estaba muerta. Yo sabía que estaban vivos porque los que mataron ahí los vimos y, los que se llevaron, en algún lugar tenían que estar.

En el 83, con Mayda, nos fuimos para Mesa Grande, a Honduras²⁴. Yo no me quería ir porque no quería

dejar a mis dos hijos mayores, que andaban con fusil. En Mesa Grande había un Padre que se llamaba Gerardo y le pedimos que celebrara misa en honor a los niños desaparecidos. Cuando pudimos volver a El Salvador, nos recibió Jon Cortina²⁵. Nos trasladaron a San Antonio Los Ranchos y nos sentamos a hablar con él sobre los niños desaparecidos, era el año 88, todavía en plena guerra. Él nos decía: “Esta guerra va a terminar”. Nosotras no nos perdíamos ninguna misa para pedirle al Señor que nos ayudara a encontrar a esos niños.

Pudimos empezar a buscar cuando se firmaron los Acuerdos de Paz²⁶ y, cuando vino la Comisión de la Verdad²⁷, fuimos a dar el testimonio en Guarjila²⁸. Llegó un *hombrazo* con un *folder*²⁹ acompañado de soldados de Estados Unidos. Se agachó y me susurró: “Usted es una buena persona”. Abrió el folder y se lo conté todo. Así conocí a Rafa³⁰ y empezamos a trabajar. Rafa fue un ángel que Diosito nos mandó a estos lugares, a defender los Derechos Humanos y sufrió todas las consecuencias que nosotras sufrimos. Era tan entregado a nuestra lucha...

Empezamos Mayda y yo con todo esto. La gente tenía miedo. “A ustedes las van a matar”, nos decía la familia. Pero, al fin, les fuimos convenciendo.

Empezamos Mayda y yo con todo esto. La gente tenía miedo. “A ustedes las van a matar”, nos decía la familia. Pero, al fin, les fuimos convenciendo.

Primero pusimos demandas. Fuimos a la Fiscalía y el Fiscal nos mandó a la UCA³¹: “Allá tienen a los niños”. “No sea tan sinvergüenza”, le contesté, “los helicópteros que se llevaron a los niños eran

21 Árbol.

22 A echarle valor.

23 Claramente.

24 En Mesa Grande (Honduras), las Naciones Unidas instalaron unos campamentos de refugiados durante el conflicto armado como mecanismo de protección para las personas civiles. A partir de 1989, estas comunidades decidieron retornar al país para repoblar sus territorios.

25 Sacerdote jesuita vasco, uno de los fundadores de Pro-Búsqueda.

26 16 de enero 1992.

27 La Comisión de la Verdad para El Salvador fue un organismo establecido por los Acuerdos de Paz de Chapultepec (1992) para investigar las más graves violaciones a los Derechos Humanos ocurridas durante este conflicto armado.

28 Pueblo del Departamento de Chalatenango.

29 Carpeta.

30 Raphael Sprenkels, la persona que entrevista a Francisca fue, junto a Jon Cortina, el otro fundador de Pro-Búsqueda.

31 Universidad Centroamericana.



verdes, eran del batallón Atlacatl y del Belloso". Me preguntó por mis documentos. Yo tenía la partida de nacimiento, pero cuando se la di la estrujó en su mano y me la tiró a la cara. Me puse de pie y le dije: "Doce años de guerra y mire cómo nos han tratado".

Fuimos a ver al juez de Chalatenango para poner una denuncia. Nos llamaron "grupo vandálico". Después de cuatro horas en la sala de espera no nos atendían. "Nos vamos a comer", nos dijeron. Nosotras contestamos que nos íbamos a quedar todo el tiempo que hiciera falta hasta que nos tomaran la denuncia. "Si cierran, aquí nos quedamos, no se preocupen que no les vamos a robar nada", les dije. Finalmente nos tomaron el testimonio. Yo le dije a la secretaria: "En ocho días vamos a volver a verle y no vaya a engavetar³² el caso". Se volteó y se sonrió. A los ocho días cabales fuimos: no había hecho nada.

Con Mayda pegamos una llorada en el río Tamulasco. Comimos una *pupusa*³³ helada y lloramos juntas. Pensábamos que habíamos hecho tanto y no habíamos logrado nada. Teníamos que cambiar de estrategia, así surgió la idea de hacer actividades en la calle.

Pensábamos que habíamos hecho tanto y no habíamos logrado nada. Teníamos que cambiar de estrategia, así surgió la idea de hacer actividades en la calle.

Empezamos a hacer teatrillos. Anduvimos por muchos lugares, hasta en Guatemala, Las Mercedes, en la UCA... Leer no podíamos, pero podíamos ensayar. Interpretábamos a los niños, a los soldados, a los guerrilleros... Hicimos un gran helicóptero de pura cartulina y, no sé cómo lo hacíamos, pero daba vueltas... ¡Todo esto hicimos! Y los soldados agarraban al niño y se iban en helicóptero.

Un día sentí que me iba a enloquecer. Yo solita me tiraba las grandes carcajadas. Sentía el corazón muy grande y me aleteaba con ganas. Mi hijo decía: "¿Has visto que se está enloqueciendo mi *nana*³⁴ de andar metida en esas mierdas?" Pero yo estaba sintiendo una gran alegría que no sabía de dónde venía. Me fui corriendo de la milpa hacia la casa, como si supiera que alguien me estaba esperando.

Cuando llegué, mi nuera me dijo: "Ha venido a Guarjila un muchacho que se llama Santos, dice que conoce un orfanato y que allí se encuentran una Andrea y una Elsy". Me fui corriendo, desgredada, sin acicalarme. No agarré ni peine, ni zapatos y nos fuimos a Guarjila a hablar con este muchacho.

Días después, fuimos al orfanato, acompañadas de Rafa. El viejo del orfanato se me quedó mirando mal y me dijo: "Ni buenos zapatos lleva, sólo con verla la van a rechazar". Y añadió: "Si te pongo a tu hija en medio de 5.000 personas, ¿la vas a conocer?" "¡Ponla entre 5.000 personas que yo la conoceré! Porque es mi sangre", le dije yo.

Quedamos en que los responsables del orfanato iban a ir a visitarnos a nuestro pueblo. Nuestras

32 Poner en un cajón.

33 Comida típica salvadoreña.

34 Mamá.

casas eran de *parales*³⁵. “¿Estas son las casas?”, nos preguntaban. “Sí, porque somos pobres”, le dije, “venimos de una guerra, venimos de ser refugiados en Honduras, los soldados nos han quemado las casas”. El viejo venía acompañado de una mujer a la que llamaban “Tía Irma”. Nos dijo que iban a traer a los niños pero que la mía no vendría, porque ya estaba casada.

Trajeron a cuatro de los niños del orfanato. La mía sabía que no venía, pero yo apoyé y preparamos una fiesta. Cuando vino el microbús había un gran gentío esperándolo. En él venía Andrea y las dos de Chicón.

La hija mayor de Chicón me vio, se me acercó y me abrazó. “Me acuerdo de usted, cuando estuve en su casa”, me dijo. Cuando Andrea se me quedó viendo le rodaron las lágrimas, se acercó y me abrazó. En Patamera éramos vecinas. Ahí fue cuando cayó la bomba que le cortó el brazo y la dejó coja. Vivimos juntas este proceso. Así la tal Irma y el viejo cambiaron hasta de color, y se fueron convencidos de que nosotros éramos las familias, los *tatas*³⁶ de estos niños y niñas.

Finalmente, al tercer día me dieron la dirección de Elsy. Preparamos comida. Le pedimos a la suegra de mi hija que me diera dos horas con ella, pero no me lo permitió. Ella era fanática de Flores³⁷, tenía un cuadro con su foto con dos velas encendidas³⁸.

Primero entraron mis hijos en la casa y yo escuché que Elsy preguntaba: “Y mi mamá, ¿dónde está mi mamá?” Cuando nos vimos me preguntó cómo estaba. “Bien, hija, ¿y usted?” “Bien”, me dijo, “sentí la separación, fue dura la muerte de mi papá”. Nos sentamos más o menos cerca, pero no me abrazaba. Siempre así lo ha hecho, el rechazo lo he sentido yo en mi corazón, pero estoy conforme. Se la llevaron en el 82 y la hallamos en el 94, doce años habían pasado.

Había cambiado mucho pero ahora sé que está viva, sé que está bien, me voy a morir con el corazón lleno, no como a los que todavía les faltan sus hijos. Ahora no mantenemos comunicación. Pero, lo importante es que la vi y está bien bonita, hasta dicen que a mí se parece.

No me dejaron decirle lo que quería cuando la vi. Lo que me reclamó fue que yo la había abandonado. Ella vio cuando mataron a su padre. Fue violada y quedó casi muerta, pero no lo dice por vergüenza. Yo lo entiendo todo, entiendo esto que le pasó de niña y entiendo esta lejanía que ella mantiene. Pero yo no tengo la culpa, la guerra la tiene.

Había cambiado mucho pero ahora sé que está viva, sé que está bien, me voy a morir con el corazón lleno, no como a los que todavía les faltan sus hijos. Ahora no mantenemos comunicación. Pero, lo importante es que la vi y está bien bonita, hasta dicen que a mí se parece.

Recuerdo que un día fuimos a una conferencia de Mauricio Funes³⁹, periodista, para explicar nuestras historias. Cuando salimos había un viejo panzón en la puerta esperándonos. “Ustedes son las que andan con esto”, nos dijo. “Sí, ¿por qué?”, le contesté yo. Se sacó una libreta y nos firmó un cheque de 5.000 dólares. “Paren esta mierda”, así nos dijo el viejo, para que nosotras no habláramos. Yo le contesté: “Mi hija no vale 5.000 dólares, mi hija me costó sangre y dolor cuando la parí”. Y nos fuimos.

35 Casas de adobe.

36 Padres.

37 Francisco Flores, presidente de El Salvador entre 1999 y 2004, líder del partido de derecha ARENA.

38 La familia política de Elsy era reacia al reencuentro porque tenía miedo de que su familia perteneciera a la guerrilla.

39 Mauricio Funes, periodista salvadoreño, fue presidente de El Salvador entre 2009 y 2014.

Esther



Me llamo Esther, nací en 1957, en Aldea Bolaños, cerca de Candelaria, en la frontera con Honduras. Mis papás eran bien pobres, de allí me trajeron chiquita, para El Pinalón y ya después anduvimos rodando, un año en una parte, otro año en otra... Era hija única. Habían tenido tres hijos antes que yo, pero habían nacido muertos y me contaba mi mamá que casi me muero yo también, pero que Dios no quiso.

Mi papá se murió cuando yo tenía un año y medio. *Tantito*⁴⁰ me recuerdo que gateaba y me paraba agarrada del larguero de la cama para ver a mi papá. Después nos fuimos a vivir con el hermano de mi mamá y fue dónde crecí. Mi madre hacía los trabajos domésticos y mi tío se dedicaba a la milpa⁴¹. Mi madre nunca salía de casa.

Cuando empezó el conflicto armado, yo tenía veinticuatro años. Ya tenía a mis tres hijos porque me había casado bien niña, a los quince años. Cuando empezó la guerra mi esposo estaba vivo, pero falleció en el 80 y me quedé sola. Me tuve que poner a trabajar, mientras mi madre cuidaba de mi hijo Antonio, porque las niñas ya se me habían extraviado...

40 Apenas.

41 Cultivo de maíz.

Mis hijas se llaman Ana e Isabel. A Ana la tuve de dieciséis años. En aquella época, casi que no se recibía atención médica, una los tenía sola en la casa. En medio de Ana e Isabel, se me cayó uno⁴². Un varón, a los seis meses de embarazo, porque me dio sarampión y de las grandes fiebres y vómitos que me daban... Eso pasó en la casa, no fui a ningún centro de salud.

Con el parto de Ana, yo solo pensaba que me iba a morir, como estaba bien niña, no sabía nada, porque antes una era bien ignorante. Tuve muchos antojos, pero *no detenía nada*⁴³ de lo que comía, hasta el agua iba fuera. Fueron embarazos bien complicados.

Ana era el puro retrato mío, ella solo se parecía a mí. En cambio, Isabel, se parecía a la familia del papá, pero tenía el mismo lunar que tengo yo, aquí debajo del ojo. Ana tenía uno que ya no me acuerdo bien dónde está... Mi mente se enturbió... Me ha costado para que la mente me vaya bien...Eran unas niñas muy tranquilas, se la pasaban jugando, con pedazos de teja, de *huaca*⁴⁴... Antonio era más movido, iba gateando a botarles los juguetillos.

Un día vino la abuela, la madre de mi marido, y se llevó a las niñas a su casa, pero yo me fui detrás suyo porque tenía miedo de que no me las trajera de regreso. Ella era bien seria. Se las llevó para Las Canoas.

MASACRE DE LAS CANOAS

El 8 de octubre de 1980, 20 agentes de los cuerpos de seguridad del Estado (Guardia Nacional, Policía de Hacienda y Policía Nacional) irrumpieron en el caserío Las Canoas, en Santa Ana, rodearon y atacaron con granadas y rifles G3 una vivienda donde unas 80 personas compartían un almuerzo. En la masacre de Las Canoas fueron asesinadas 13 mujeres y 10 hombres. También desaparecieron las niñas Ana e Isabel, hijas de Esther, de tres y cinco años, respectivamente.

Me fui detrás suyo con el niño, que lo *tenía tierno*⁴⁵. No alcancé a llegar porque, como andaba con el

**Mis hijas se llaman Ana e Isabel.
A Ana la tuve de dieciséis años.
En aquella época, casi que no se
recibía atención médica, una
los tenía sola en la casa.**

niño *chineando*,⁴⁶ iba más lenta. Cuando llegué al primer corredor de la casa empezó el gran tiroteo. No pude pasar por ningún lado y me quedé ahí, anclada y no veía a las niñas.

Me llovían las balas por la cara. "Dios que me cuide a las niñas", dije yo, y volví con mi hijo en los brazos. De regreso a mi casa me encontré con los guardias, pero se cruzó una señora por delante y le cayó el balazo a ella. Su cuerpo quedó tendido en el cerco y también se llevaron a su niño.



42 Sufrió un aborto.

43 Vomitaba.

44 Balde, recipiente.

45 Era un bebé.

46 En brazos.

Me fui de ahí sin fijarme en nada, me metí en una quebrada que ahora no le podría decir ni dónde está. Senté a mi hijo en una piedra y me puse a tomar agua y, de repente, vi que tenía una gran mancha de sangre en el vestido. Pensé que me habían alcanzado, pero después vi que era la sangre de la otra señora.

Me puse a lavar fuerte la mancha y bien mojada me fui andando más de dos horas. Encontré una casa por Chilcullo y pedí agua otra vez. Ahí había una señora que me conocía. “Ay, *niña*⁴⁷ Esther, ¿qué le pasó?”, me dijo, porque yo venía llorando... No me acuerdo ni de cómo llegué a la casa. Ya estaba bien ida de la mente, bien enajenada.

En la masacre de Las Canoas murió mucha gente, pero dos días después me dijeron que a mis niñas se las habían llevado vivas. Un señor explicó a una amiga mía que le habían pedido que llevara todos los niños de Cucuche a Santa Ana en su camión y que, entre ellos, estaban mis hijas. Él las había reclamado, porque nos conocía, pero no se las quisieron dar.

Así que me fui a buscarlas, pero me las negaron, me dijeron que las niñas ya no estaban ahí, que estaban en Santa Tecla. Fui hasta allí y me dijeron que sí que estaban pero que tenía que sacar papeles en la alcaldía para que me las pudieran dar. Yo estaba contenta, pedí verlas, pero, sin los papeles, me lo negaron.

Conseguí que otra persona me llevara a San Salvador, pero cuando llegué, me dijeron que ya las habían adoptado.

Cuando finalmente conseguí los papeles me dijeron que ya se las habían llevado para San Salvador. Conseguí que otra persona me llevara a San Salvador, pero cuando llegué, me dijeron que ya las habían adoptado.

Me quedé parada. ¿Qué podía hacer? No podía hacer nada porque no sabía a qué país las habían llevado. “Al extranjero”, me dijeron, pero no sabía a qué país. Aun así, no dejé de andar para arriba y para abajo buscándolas. Pero siempre digo que Dios me ha cuidado porque estaba bien peligroso. Desde este momento yo ya no quedé bien de la mente, quedé bien *fregada*⁴⁸.

Fui a Estados Unidos, pero con ellas no podía hablar porque sólo hablan inglés y tuvimos que hacerlo a través de una traductora. Ni hablar pude...

Treinta años después nos reencontramos. Un señor alemán que trabajaba en Pro-Búsqueda, Ulf, me vino a avisar que las habían encontrado en Estados Unidos. No fue nada fácil. Fui a Estados Unidos, pero con ellas no podía hablar porque sólo hablan inglés y tuvimos que hacerlo a través de una traductora. Ni hablar pude...

Yo soy muy sensible con este tema, no es fácil perder a tus hijos, pero ahora, gracias a Dios, sé que están con vida y, al morirme, no me voy a ir con el sentimiento de que no las volví a ver...

47 En El Salvador, la palabra “niña” se usa en señal de respeto. Equivale al uso de “Doña” o “Señora”.

48 Afectada.

Margarita



Me llamo Margarita, nací el 17 de febrero de 1965 en San Antonio Los Ranchos, departamento de Chalatenango. Viví ahí hasta los diecisiete años, hasta que nos tuvimos que ir. Éramos nueve hermanos, yo soy la tercera. Mi papá siempre se dedicó a los cultivos, sembraba maíz, frijoles, tomate, chiles, *ejote*⁴⁹... A veces nos mandaban a vender; y a mí esto no me gustaba mucho...

Mi mamá se dedicaba a cuidarnos a nosotros y también limpiaba ropa para las vecinas y les ayudaba con sus bebés *tiernos*. También cuidaba de los animalitos, las gallinas, los pollos chiquitos... Esta era otra manera de sustentar a la familia.

Recuerdo que, a veces, mi padre agarraba lo que se conocía como “topones”. Era un contrato para aporrear maicillo. Eso era algo terrible porque el maicillo tiene un *ajuate*⁵⁰ que pica muchísimo. A mi hermana y a mí nos mandaban a llevarle comida y la verdad es que no nos gustaba nada, porque ¡nos agarraba una picazón en todo el cuerpo!

Mi infancia fue bonita. Me acuerdo de que, para jugar, hacíamos unos carritos con cuatro ruedas y un pedazo de madera encima y le poníamos un lazo. Ahí donde vivía mi tía hacía bajada, entonces nos agarrábamos de

49 Judía verde.

50 Pelusa.

la carreta y de un solo empujón nos íbamos hasta el final de la calle, casi hasta el corredor de nuestra casa. De ahí venía el tiempo de las *picuchas*⁵¹, las *trompas*⁵², el tiempo de las *maromas*⁵³... Todos los juegos eran muy emocionantes.

Ahora todo es diferente. Es verdad que hay otros conocimientos, más acceso a la educación, pero la vida en familia ya no existe. Nosotros vivíamos una vida pura, de irnos a bañar al río... A pesar de que había muchas limitaciones teníamos suficiente amor para compartir. Ha sido todo un cambio total. Ahora puedo tener un trabajo y algo de dinero, pero hay muchas cosas que ya no se pueden tener, porque todo es tan caro...

Yo soñaba con poder ir a la escuela, pero me quedé en quinto grado. Si hubiera podido ir a la universidad habría estudiado sanidad o comunicación. Quería poder trabajar y ayudar a mi familia, para que la situación que yo había vivido de niña no la vivieran ellos. Pero no pudo ser. En el último año que estuve en la escuela aprendí de una vecina a hacer las flores de *tusa*⁵⁴.

Con este primer dinero de las flores pude ayudar a mi mamá y recuerdo comprarle algo a mis hermanos también. En esos tiempos íbamos descalzos, a veces solo con *shorcito*⁵⁵. Era una situación bien difícil. Pero eran las condiciones de la mayoría, excepto de la gente del pueblo que eran como los "riquitos" que tenían sus facilidades.

Cuando empezó el conflicto armado yo tenía trece años. Empecé a ir a algunas reuniones⁵⁶ con una vecina que era una gran amiga, aunque ella era mayor. Yo era su sustituta, cuando ella no podía ir iba yo. Así que ya empecé a movilizarme...

La vida cambió totalmente. Por miedo ya no podíamos dormir en casa, teníamos que vigilar hasta de lo que hablábamos, de lo que pudieran pensar los vecinos. En este tiempo eras de FECCAS⁵⁷ o de UTC⁵⁸. Dormíamos en el terreno de un vecino que estaba organizado a través de las comunidades eclesiales de base y así empezamos.

Mi papá, desde 1975, estaba metido en la organización, fue de los primeros que empezaron con las tomas de tierra para exigir un salario mínimo. Yo seguí su línea porque me fijaba en las injusticias. Veía cómo la gente que tenía terrenos con árboles frutales no dejaba que fuéramos a recoger ni lo del suelo.

Mi papá alquilaba la tierra y tenía que dar la mitad de lo que sacábamos para el dueño del terreno... Todas estas cosas eran las que me hacían cuestionar: "¿Cómo era posible?" Podrían hacer pagar un precio justo, pero tenían que dar más de lo que podían. Esto me motivó a pensar que algún día todos podríamos tener por igual, podríamos ser iguales. Tal vez no voy a tener los terrenos, pero por lo menos tener un poco más de derechos, tener lo justo, lo que nos merecemos como seres humanos. Eso fue lo que me motivó para organizarme... ¡cambiar!

Esto me motivó a pensar que algún día todos podríamos tener por igual, podríamos ser iguales. Tal vez no voy a tener los terrenos, pero por lo menos tener un poco más de derechos, tener lo justo, lo que nos merecemos como seres humanos.

Cuando uno es joven ve que todo es posible. Teníamos toda la energía, nada nos detenía, teníamos el empuje, la seguridad, la fuerza. Pensábamos que desde este lugar podríamos proteger a nuestras familias. Pero había una cuota que pagar y nos salió muy caro.

Me integré a la guerrilla en octubre del 1981, con dieciséis años. Entré directamente a un campamento. Ahí había varias jóvenes de mi edad y nos dijeron que iban a formar un pelotón de mujeres. Esto era una motivación, sentirnos respaldadas entre mujeres. Lastimosamente, esto no ocurrió, después

51 Cometas.

52 Peonzas.

53 Margarita explica que las maromas son unos columpios con los que se puede dar la vuelta entera.

54 Hoja de maíz.

55 Pantalón corto.

56 Reuniones clandestinas de movilización social.

57 Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños.

58 Unión de Trabajadores del Campo.

del tiempo de entrenamiento, nos mandaron a diferentes batallones. Pero fue bonito, fue una buena experiencia. A veces, nos ponían a prueba para ver si éramos capaces de reaccionar y actuar o salíamos corriendo. Nos despertó creatividad e instinto de supervivencia.

Mi papá y yo dormíamos en un cerro, pero mi mamá se quedó en la casa con el resto de mis hermanos. Sabíamos que, a veces, si los soldados no encontraban a quiénes estaban buscando, asesinaban a los familiares. Cada vez que se escuchaba que ladraban los perros no podíamos dormir tranquilos. Toda la noche pensando en los que se quedaban...

Estuve en las FPL⁵⁹ hasta 1986 porque me quedé embarazada de mi primera hija y fui a San Salvador a dar a luz. Cuando me fui, mi intención era regresar. Ya había encontrado una persona para cuidar de mi niña, pero el papá no estaba de acuerdo. Él se había criado con su abuela y no quería que su hija viviera lo mismo. Seguramente yo no estaría aquí contando el cuento si no hubiéramos tomado esta decisión. Aparte, me volví a quedar embarazada, así que decidí quedarme con las dos niñas. En San Salvador participé con las COMADRES⁶⁰ en las marchas, en las protestas... Siempre estuve vinculada pero ya no a tiempo completo.

Estar en la guerrilla fue duro por muchas razones. Recuerdo que me negaron ver a mi padre y a mis hermanos. También, como mujeres, era difícil. Cuando andábamos con el período, íbamos todas mojadas, no teníamos acceso a las toallas sanitarias. A veces, el machismo era muy marcado, tendían a vernos de menos por el hecho de ser mujeres, sobre todo si eras combatiente. Durante un tiempo estuve de *radista*⁶¹ y esto me hacía sentir capaz, podía ayudar a salvar vidas si daba la información correcta a tiempo. En esta posición fue que me sentí parte de ellos, vi esa fortaleza que tenía y demostraba que realmente podía.

A veces, el machismo era muy marcado, tendían a vernos de menos por el hecho de ser mujeres.

También tengo buenos recuerdos: la solidaridad, el compartir... andábamos casi muriéndonos de hambre, si alguien hacía una café hacíamos un traguito cada uno, tomábamos del mismo tazón. Ahí no había enfermedades, ni había nada... Decíamos que ya nos conocíamos los secretos de todos. A veces, después de un operativo o de una *guinda*⁶², hacíamos un baile y nos reíamos. Eran momentos muy bonitos que los tenemos en el recuerdo.

De lo único que me arrepiento es de no haberme quedado con mi mamá, porque le podría haber ayudado con alguno de mis hermanos... Si volviera atrás, tal vez, no me volvería a meter en la guerrilla. Hubo muchas cosas que nos motivaron: la conciencia está ahí, el generar cambios... pero buscaría otra manera, porque fue demasiado alto el precio que tuvimos que pagar.

Si volviera atrás, tal vez, no me volvería a meter en la guerrilla. Hubo muchas cosas que nos motivaron: la conciencia está ahí, el generar cambios... pero buscaría otra manera, porque fue demasiado alto el precio que tuvimos que pagar.

Tengo seis hermanos muertos o desaparecidos. Sé que los dos que seguían después de mí, Efraín y Pedro, están muertos. Me quedan dos hermanos vivos: Roberto, que cuando pasó todo ya estaba viviendo fuera del país y mi hermana Esther, que también se había ido antes para San Salvador.

Mis hermanos, junto con mi mamá, desaparecieron en el contexto de la famosa "Guinda de Mayo" en 1982. Mauricio estaba a punto de cumplir nueve años, German Rutilo tenía cinco, José Orlando tenía tres y la niña, Carlita, apenas tenía nueve meses. Es la que menos recuerdo, porque casi no compartí tiempo con ella. Le pusieron Carla por una extranjera que murió en Chalatenango que ayudó mucho al pueblo. Y yo le puse Carla a mi hija por mi hermana. El porqué de los nombres es como una cadenita...

59 Fuerzas Populares de Liberación.

60 Comités de Madres de Desaparecidos.

61 Operadora de radio.

62 Traslado de personas civiles para huir de operativos militares.



GUINDA DE MAYO

La Guinda de Mayo, también conocida como “Operación Limpieza” fue un operativo militar que empezó el 27 de mayo y duró hasta el 9 de junio de 1982, en el Departamento de Chalatenango. Provocó la muerte de miles de personas civiles debido a las masacres y desapariciones forzadas cometidas por el Ejército de El Salvador. Ante tal horror, la población cruzó el Río Sumpul para llegar al municipio de Los Amates, pero muchos perdieron la vida ahogados. En esta operación fueron desaparecidas decenas de niñas y niños, entre los que se cuentan las hermanas Serrano Cruz, caso por el que la Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó al Estado de El Salvador en 2005, una sentencia pionera para las víctimas del conflicto armado que fue promovida desde Pro-Búsqueda.

No me acuerdo bien del rostro de todos. Recuerdo que Germán era totalmente diferente porque era *chelito*⁶³ y sus mejillas eran bien *chapuditas*⁶⁴. Si se lo hubieran llevado, él podría pasar fácilmente como extranjero. Recuerdo a Mauricio delgado, moreno, con cara aguileña. A Rutilio lo recuerdo bien *hablantín*. Orlando todavía no hablaba mucho porque solo tenía tres años. Todos mis hermanos eran pequeñitos, no podían decir que eran guerrilleros.

Todos mis hermanos eran pequeñitos, no podían decir que eran guerrilleros.

Mis padres estaban junto a mis hermanos, menos Efraín que ya lo habían incorporado a la guerrilla, al otro lado del río Sumpul, cuando se informó de que había un operativo y que estaban desplazando parte de tropas en los alrededores. Ellos estaban en el cantón Los Dubones, los sacaron y los llevaron al cantón Los Amates, ahí tenían concentrada a la gente de todos esos cantones y de los municipios aledaños.

Cuando empezó el operativo, yo estaba en un campamento en la zona de El Portillo del Norte. El jefe supo con tiempo que el Ejército iba para esa zona y tuvo la oportunidad de mandar un *correo*, que era un papelito con información que le daban a uno y con eso tenía que correr para entregarlo de un campamento a otro. Si lo hubiese hecho con tiempo se podría haber empezado a evacuar...

Subimos un cerrito y escuchamos los disparos, las granadas, los gritos, los llantos... y yo pensaba: “¿Serán los de mis hermanos?”

Pero no lo hizo. Pasó todo el día y a las tres de la tarde decidieron que teníamos que avisar. Junto a un compañero, que también tenía su familia ahí, nos mandaron a dejar ese *correo*. Fuimos corriendo porque sabíamos que ahí estaban nuestras familias y que de nosotros dependían sus vidas. Cuando entregamos la nota era demasiado tarde. “Ahora ya no podemos hacer nada”, nos dijo el jefe del otro campamento. Ya no nos pudimos regresar, nos tocó

63 De piel blanca.

64 Rellenitas.

quedarnos ahí. Subimos un cerrito y escuchamos los disparos, las granadas, los gritos, los llantos... y yo pensaba: “¿Serán los de mis hermanos?”

Mis padres y mis hermanos consiguieron cruzar el río. Llegaron hasta el caserío de Los Alvarenga, pero hubo un enfrentamiento, y ahí fue donde se dispersó toda la familia. Mis padres siguieron con los pequeños y Pedro y Mauricio se quedaron ahí. Pedro, que era el más grandecito, se escondió debajo de un zacatal⁶⁵ y me contó que había escuchado que Mauricio le gritaba: “¡Pedro, Pedro!” Pero mi hermano no le pudo contestar porque ahí estaban los soldados. Esto fue lo último que sabemos de Mauricio.

De ahí mi papá iba con José Orlando y, mi mamá, llevaba a German Rutilio y a la niña. Sé que llegaron hasta El Bajillo, en Nueva Trinidad, porque ahí los vio un primo de mi papá y estuvieron refugiados una noche. Mi mamá dijo que no podía caminar más con los niños, que andaban todos con los pies sangrando porque iban descalzos entre espinas y piedras...

Sabemos que al día siguiente salió y la ubican en Los Pozos, este es el último lugar donde la vieron con tres niños. Tengo la certeza porque he entrevistado a personas que estuvieron ahí y sus historias y descripciones coinciden. Esta es la última información que tenemos de ella. Yo estoy segura de que ella debe estar muerta, por edad y porque, si hubiera sobrevivido, nos hubiera buscado. En el caso de los niños no me caso con ninguna de las dos opciones, si están vivos o si están muertos, los únicos que lo saben son los que estuvieron en el lugar, los que tienen la información son las Fuerzas Armadas.

En el caso de los niños no me caso con ninguna de las dos opciones, si están vivos o si están muertos, los únicos que lo saben son los que estuvieron en el lugar, los que tienen la información son las Fuerzas Armadas.

Efraín murió combatiendo en Chalatenango. Y Pedro también se incorporó a la guerrilla y lo ajusticiaron en 1988. Mi hermano mayor, el que está en Canadá,

me dijo que quería que Pedro se fuera con él, pero Pedro respondió: “Que no joda ese... que se venga él aquí, que venga a pelear. Aquí se quedó la sangre de mi madre y de mis hermanos y aquí va a quedar la mía”. La lucha para él era una convicción y, a pesar de eso, los mismos lo mataron.

Creo que mis hermanos mayores que se fueron antes acarrean un sentimiento de culpa no expresado por el hecho de haberse ido y no haber hecho nada para sacar a nuestra mamá de ahí. Pero el “hubiera” no existe. Ahora estamos todos más pendientes unos de otros. Mantenemos una buena comunicación y nos decimos que nos queremos y lo importante que somos entre nosotros, porque perdimos la oportunidad de hacerlo con nuestra mamá... Cuando veo a familias grandes pienso: “¿Y si mis hermanos estuvieran vivos y nos juntáramos todos?”

Con el paso de los años, la esperanza de encontrarlos con vida es menor, por eso lo que exijo es que nos digan la verdad, que abran los archivos y que nos cuenten lo que ocurrió.

Estuve mucho tiempo molesta y resentida con todo el mundo. Tenía pesadillas. Todavía, cuando siento que pierdo o me quitan algo, lo paso mal. De alguna forma traigo arrastrando lo de ese día. Pasé mucho tiempo esperando. Cuando en el 87 fueron las primeras repoblaciones⁶⁶, tenía la esperanza de que podrían aparecer. Pero cuando ya pasó esto me dije: “Hasta ahí. Ella está muerta. Porque si no, nos hubiera buscado”. Después me quedé con la idea de mis hermanos...

Con el paso de los años, la esperanza de encontrarlos con vida es menor, por eso lo que exijo es que nos digan la verdad, que abran los archivos y que nos cuenten lo que ocurrió. Hay tantos familiares que están en la misma situación, que podrían tener tranquilidad, dejarlos ir, definitivamente, y vivir ese proceso. Será difícil, porque no hay un lugar dónde ir a poner flores, pero podríamos ir a poner una “plaquita” con sus nombres “por aquí pasaron”. Creo que saber la verdad es nuestro derecho.

65 Terreno poblado de “zacate”, que sería el nombre genérico para designar varias especies de hierba que sirven de pasto y forraje.

66 Regreso de las personas refugiadas que estaban en Honduras y que repoblaron comunidades que habían sido prácticamente abandonadas durante el conflicto armado.

Isabel



Me llamo Isabel, nací en 1954 en Suchitoto. De pequeños éramos cinco hermanos, primero dos varones y después tres hembras. Tengo una hermana en México y otra está aquí. A veces voy a *tortear*⁶⁷ con ella. Cuando tenía cinco años mi papá murió y mi mamá nos trajo para San Salvador. Empecé a trabajar a los nueve años, cuidando a niños.

Mi mamá se volvió a casar. Yo sufrí unas cosas con su nuevo esposo... A mi mamá nunca se lo conté porque el esposo me amenazaba y para que ella no se sintiera mal. Todos estos años no había podido borrar nada, hasta que, hace poco, me confesé al Padre y, finalmente, ese recuerdo está dejando de torturarme...

Ese hombre golpeaba a mi mamá. Yo quería pegar al hombre, pero mi mamá no me dejaba y me mandaba a la habitación con mis hermanos. Ahí murió mi alegría. Mi hermanita, que está en México, creo que se fue por eso, por lo mismo que me hacía a mí. Cuando salen cosas así por la televisión me enoja y me digo “¿Por qué no hace algo su mamá si lo sabe?” Son cosas imborrables...

67 Hacer tortillas de maíz.



Antes de la pandemia trabajaba en un kínder⁶⁸, haciendo de cocinera. Los niños a mí me producen mucha emoción. El cariño que yo les daba a estos niños... quizás es por la falta de mis hijos. Pero vino la pandemia y nos echaron. El año pasado empecé a trabajar cuidando a una ancianita, “mi niña”, le decía yo a ella. Murió en septiembre. Me había encariñado mucho con ella y ha sido bien duro para mí. Me quedé sin trabajito otra vez... ganando poquito yo, para mi comidita y para mis dos *colochos*⁶⁹.

Yo he tenido cuatro hijos. El primero se llama Óscar Enrique, el segundo Douglas Ernesto, el tercero se llama Milton Giovanni y la cuarta, la única niña, Sonia Elizabeth. Casi no se llevan nada de edad entre ellos.

En el primer embarazo yo tendría como diecisiete años.

Los embarazos fueron terribles. Tenía muchos dolores. Mi marido, además, me maltrataba. Yo tenía miedo en casa de mi mamá y, para escapar, hui con él. Pero, desde el principio fue sufrimiento... él me pegaba, me ponía *las bichas*⁷⁰ enfrente. Él nunca dormía en la casa, se iba a las cinco de la tarde y llegaba como a las diez de la mañana del siguiente día. Pero hasta él me lo decía: “*Mirá*, te quité la felicidad, pero nunca me vas a dejar”. Pero, llegó el día en que se acabó, yo lo dejé de amar y, por primera vez, no quise que regresara.

Mi marido murió de tanto tomar. Le decían que tenía alcoholismo crónico. Así era su vida: golpearme y tomar. No daba nada por sus hijos, ni una sola vez les compró un dulce, porque todo el dinero iba para su vicio.

Mi marido murió de tanto tomar. Le decían que tenía alcoholismo crónico. Así era su vida: golpearme y tomar. No daba nada por sus hijos, ni una sola vez les compró un dulce, porque todo el dinero iba para su vicio.

Mis partos fueron horribles. El primero, Óscar, lo tuve en la casa y casi me muero. Yo estaba bien *pechita*⁷¹ y estuve tres días que ni agua tomaba de los dolores que tenía. Me vieron cara de muerta y me acuerdo de que mi suegro dijo: “Esta no quiere tener el niño, le voy a dar con el *caite*⁷²”. El niño nació, pero yo me quedé más muerta que viva.

Cuando una tiene el primer hijo, vive en un sueño. Usted ve a su bebecito y le parece que no es suyo, pero sabe que sí que lo es. Mi primer niño era bien gordo, porque tres meses me los pasé solo comiendo sopa de frijoles...

Cuando tuve el niño, mi marido se fue tres meses para San Salvador, donde tenía otras mujeres. Cuando volvía, sólo venía a golpear, porque llegaba

68 Guardería.

69 Se refiere a sus perros. Colocho en El Salvador significa “rizado”.

70 Amantes.

71 Delgada.

72 Tipo de calzado.

bien *bolo*⁷³. Yo no le decía nada hasta que después ya me *avivé*⁷⁴ también y me dijo: “Si él me pega, yo también le voy a pegar”. Un día que estaba acostado en la hamaca bien *bolo* lo *manié*⁷⁵ y tomé un palo. Cuando se despertó le dije: “Hoy voy a *aporrear*⁷⁶ maíz”. Y lo agarré a garrotazos.

Mi último embarazo fue el de la niña, de Sonia. Me vine para San Salvador a tenerla porque mis tías eran enfermeras. Ellas sabían de mi sufrimiento y me decían que no tuviera más hijos. Pero, aunque mi sufrimiento era grande, yo quería tener todos mis hijos porque me hacían feliz. Ya estaba empezando la guerra, se escuchaban *bombazos* donde vivían los *areneros*⁷⁷...

Tuve a mi niña en el Hospital La Maternidad. Mis tías aprovecharon para esterilizarme sin mi consentimiento. Ellas me decían: “Solo este bebé vas a tener”. Y yo les rogaba “Pero mis hijos son mi vida, son mi felicidad”. Aunque sufriendo siempre encontraba la manera de tener una ración de comida para todos.

Tuve a mi niña en el Hospital La Maternidad. Mis tías aprovecharon para esterilizarme sin mi consentimiento. Ellas me decían: “Solo este bebé vas a tener”. Y yo les rogaba “Pero mis hijos son mi vida, son mi felicidad”.

Cuando empezó el conflicto armado vivía con mi suegra en un *caserío*⁷⁸ en Suchitoto. Era muy bonito, a mí me encantaba. Un día me levanté y no había nadie en la casita, pensé que era muy raro que toda la gente se hubiese ido. Lo único que veía era una gran humazón, bien cerquita. Llegó la tarde y todas las casas seguían cerradas. Yo me puse a moler unas tortillas, pero empezaron las *balaceras*. Les dije a los niños que se metieran debajo de las camas y yo me

quedé vigilando fuera. Llegó la noche y seguía solita en el caserío.

A las ocho de la noche llegó, como digo yo, un ángel⁷⁹. “¿Qué estás haciendo aquí? ¡Arregla a estos niños y te me vas ahorita!”. Mi esposo no estaba, a él no le importaban sus hijos y yo, mucho menos. Eché mis tortillas en una cesta, una botella de miel, arreglé una bolsita a cada uno de mis hijos más grandes y nos fuimos. Nos alumbrábamos con un candil. Caminamos por caminos empedrados, con hoyos... Ningún niño se cayó. Y mira que yo iba con la cesta en la cabeza, caminando en aquello feo y oscuro. Tenía veinticinco años, todavía tenía toda la fuerza. Ahora ya no la tengo...

Tenía veinticinco años, todavía tenía toda la fuerza. Ahora ya no la tengo...

Cuando llegamos a una quebrada escuché un cuchicheo. “Espérense, no caminen”, les dije a los niños. Ahí estaba toda la gente del caserío escondida, mis suegros y mi marido también estaban ahí. Yo estaba enojada porque me habían dejado sola. En el caserío quemaron a todos los que se quedaron. La gran humazón era porque habían colgado toda la gente en los corredores y les habían prendido fuego... Si no llega ese ángel yo no hubiera amanecido, porque me hubieran colgado en el corredor con mis hijos.

De allí nos sacaron los *muchachos*⁸⁰ y nos llevaron de aquí para allá. Teníamos que moler maíz toda la noche, para hacer la comida. Recuerdo que no paraba de llover y nos estábamos refugiando en una casa, cuando los *muchachos* avisaron que nos teníamos que ir porque nos iban a agarrar. Dijeron: “Quién tenga niños *de chinear*⁸¹, que nos diga”. Yo tenía dos *de chinear* y dos que podían andar. Me ayudaron con uno y yo le dije: “No se aleje de mí, porque mi niño no me lo puede perder...”

73 Borracho.

74 Me espabilé.

75 Lo até.

76 Los granos de maíz se golpean, como parte de la recolecta y tratamiento del maíz.

77 Afines al partido de derecha ARENA (Alianza Republicana Nacionalista).

78 Conjunto muy pequeño de casas normalmente del ámbito rural, que no llega a ser un pueblo.

79 Era un guerrillero.

80 Guerrilleros.

81 De llevar en brazos.

Desde este momento ya no tuvimos calma, estuvimos caminando día y noche. Los niños tenían hambre, "Mamita, una *calaíta*⁸², aunque sea una *azucaradita*⁸³", me decían.

Cuando llegamos a Cinquera, dormimos debajo de un *palo*⁸⁴. En la mañana llegó una señora de las que todavía quedaban ahí con unos pocos frijoles y un huevo para los niños. La mayoría de las casas estaban solas porque habían matado a los dueños. Yo entré en una casita, le puse la hamaquita a la niña y me fui a lavar a un río que estaba allí cerca. Cuando terminé de lavar empezó una *balacera* en el mentado río, no sabíamos para dónde ir... ¡Ay, Dios mío!

Salimos corriendo por una planada y nos refugiarnos en un barranco, en una *palazón*⁸⁵ de mangos. Cuando la *balacera* paró nos contaron que habían hecho una gran *matazón*⁸⁶. Mi esposo me dijo: "Mirá, si no tenés valor de ir a ver una gran grosería, no te movás de aquí".⁸⁷

Mi hijo mayor desapareció durante unas horas, cuando volvió me dijo: "Mamá, nunca me vaya a dar de comer carne". El vio todo lo que estaba ahí... Al siguiente día nos tuvimos que ir porque volvían. Nos quedamos en un monte, asoleándonos todo el día, hasta que llegó la noche y nos pusimos en marcha otra vez, camino de vuelta a nuestra casa en Suchitoto, en Palo Grande.

Cuando llegamos nos encontramos con que habían rajado los graneros de maicillo que teníamos. Todo lo habían quemado, no quedaba nada. Encontramos maíz y me puse a hacer tortillas. Mi esposo se fue a buscar una gallina con su primo. Molí un poco de maíz que encontramos y puse agua a hervir para la gallina. Pero, de repente, empezó otra vez la *balacera*. Dejé todo en el fuego y salí con los niños corriendo. Encontré a mi esposo y nos fuimos agachados, gateando hacia un caserío cercano.

En ese caserío encontré a mi mamá y a mi hermanito, estaban bien tristes. Ahí mi hermano me contó que le habían matado a cuatro de sus nueve hijos mientras

se bañaban en una quebrada. Mi hermanito andaba con una *cachucha*⁸⁸ con los hoyos de las balas. Ahí en el caserío estaba con los niños que le habían quedado.

Mi marido decidió que teníamos que irnos a Perulapía. Ahí nos quedamos con mi cuñada. Esto era por el año 82. Cuidaba los hijos de mi cuñada, que tenía un montón. Los lavaba, les hacía la comida, barría... Era la criada de todos, pero, para ganarme un techo para mis hijos, yo hacía de todo.

El esposo de ella empezó a torturarme, que me acostara con él... y no me dejaba en paz, era llegar de trabajar y yo *tortear* allí en la cocina y no me dejaba ni tortear... Además, les daba trompones y patadas a los niños, y eso duele, duele...

Después me fui a vivir a Santa Lucía con otra cuñada. Pero ahí estuve incluso peor. Era la sirvienta de todos, tenía seis hijos. Uno de sus hijos también me torturaba, que me tenía que meter en la cama con él si yo quería vivir allí. No sabía qué podía hacer.

Al final acabé durmiendo en el *andén*⁸⁹ de la casa con mis hijos. Le dije a mi marido que nos teníamos que dividir a los niños. Él se llevó a los dos grandes, con todo el dolor de mi corazón. En este momento, mi niña tenía como cuatro años.

Conseguí un trabajo cuidando los niños de una familia de clase media. Busqué una casa por Monte Blanco, cerca de una quebrada y me traje a mi mamá conmigo. Con lo poquito que me daban no me alcanzaba... Un día mi hijo Netillo, que se había quedado con su padre, vino donde yo trabajaba. Tenía una mirada bien dulce y me llevaba un regalito. Un jaboncito chiquito y una burbujita de champú. No dejé que volviera con su padre y de presto me traje al mayor.

Pero yo no podía con los cuatro. Un día, llegó una señora y me contó que sus niños se habían ido con otra familia y que estaban bien. Mi corazón dio un vuelco, porque el amor que una tiene por los hijos duele. Le pedí que me contara como había sido y

82 Un sorbito.

83 Agua con azúcar.

84 Árbol.

85 Sitio con muchos árboles de mango.

86 Masacre.

87 En la Masacre de Cinquera, el Ejército salvadoreño asesinó a más de 70 personas.
https://elpais.com/diario/1983/05/18/internacional/422056816_850215.html

88 Gorra.

89 En la acera, en la calle.

me dijo que había un abogado que te lo arreglaba todo. Así que fuimos a ver a este Carballo⁹⁰, y me metió palabras que una va creyendo. “Se llevan a los niños, pero después van a venir a traerlos” me decía.

Se llevaron primero a Douglas y a Giovanni a un hotel. Eso fue lo más duro que he vivido. La guerra no fue nada... vi tanta cosa y digo que quizás no fue nada, en comparación al día que me separé de ellos.

La guerra no fue nada... vi tanta cosa y digo que quizás no fue nada, en comparación al día que me separé de ellos.

Me arrepentí, de presto voy a traerlos aquí y los voy a tener conmigo, aunque sea aguantando hambre. Me fui al hotel y me quedé ahí *parada*⁹¹, pero ellos estaban de paseo. Le dije al abogado que quería traerme a mis hijos de vuelta. Ahí el doctor me metió terapia otra vez en la cabeza: “Usted jamás les va a dar lo que ellos van a tener, mire como anda usted, durmiendo en la calle, no tienen qué comer... tiene que dar a sus hijos y ellos lo van a tener todo”. Y yo, me fui.

La siguiente vez que volví a ver a mis hijos, ya eran otros. Su carita parecía muy fina, andaban bien lindos. Se veían muy felices. Tenían buena ropa, buenos zapatos... nadando en las piscinas... Pensé que no les podía quitar la suerte. Después se llevaron a la niña y solo me quedaba el grande, que tenía unos once años, y decidió irse con sus hermanos. Lo llevaron al hotel también.

Una condición que pactamos con el doctor Carballo era que, una vez ellos se fueran, yo iría a reencontrarme con ellos. Me decía: “Usted va a trabajar de empleada en la casa de adopción, va a hacer como que no son sus hijos, pero podrá estar con ellos”. Yo le decía que no me importaba, con tal de estar viéndolos. Pero, todo fue mentira... Se los llevaron a Italia y ya no los volví a ver más.

Al cabo de varios años mi sobrina me acercó a Pro-Búsqueda. Ahí empecé a hablar con la psicóloga y se abrió el proceso. Nos reunimos con mucha gente, hacíamos talleres, muy bonito todo. Al cabo de varios años encontraron a mis niños, pero por diferentes motivos nunca me podía ir a Italia. Finalmente, Yolaina⁹² me llamó un día, “¡qué suerte!”,

me decía, “¡vamos a hacerle el pasaporte! ¡Ahora es una realidad, esta vez sí que se va!”

Eso fue en mayo, y me dijeron que me iba el 18 de junio. Me costaba creerlo, pero cuando llegó el día tenía todos los papeles en orden. “Se va en el vuelo de las nueve de la noche”. No sabía si llorar o reírme, de la emoción, de la alegría, el corazón no me respondía. El día que me iba, mi hermano y unas amigas alquilaron un microbús y me dejaron en el aeropuerto.

En Italia nos recibió el Padre Graziano, que fue el que me acompañó en el reencuentro. Recuerdo que agarramos trenes. No me sentía yo misma, estaba como dormida. Primero llegó mi nuera y me abrazó, porque ella hablaba un poquito de español. Fuimos a un apartamento de los papás de Douglas y esperamos a que ellos vinieran. Cuando Douglas y Giovanni salieron del ascensor lo primero que les dije fue: “Todo el tiempo han estado conmigo, porque ustedes han vivido aquí, en mi corazón”. Y me abrazaron los dos.

Mi niña, Sonia, llegó más tarde. Lloramos mucho las dos, le decía: “Ay, mi niña, mi bebé”. Y les empecé a contar cosas de cuando eran chiquitos. Les decía que Sonia llamaba al niño “*pichirilito*”, entonces ellos empezaron a decir: “*Pichirilito eso, pichirilito aquello*”, y no reíamos...

Estuve quince días con mis hijos, pero los sentí como un minuto. Esto fue en 2014, hacía treinta años que no los veía. Fue difícil, porque no nos entendíamos, sólo podíamos hablar a través de mi nuera.

Un día fuimos a conocer a los padres de uno de mis hijos. Yo no quería ir para que ellos no se sintieran mal, pero mi hijo insistió en que querían verme. Desde que abrió la puerta la señora me abrazó y me llevó casi *chineando* dentro de casa. Era una lindura de señora. Nos hicimos fotos todos juntos, yo en el medio. Qué lindos...

Después del reencuentro, un sobrino me regaló un celular, y nos mandábamos mensajitos, pero el teléfono se arruinó y después ya no me contestaban. Ahora no tengo ningún contacto con ellos. Si es la voluntad de Dios, los voy a ver otra vez, sino en el cielo los veré. Esa es la esperanza... Yo a mis hijos les pido en la mañana, en la noche, en la tarde, rezo el rosario con todas las peticiones. Si Él quiere, los voy a ver otra vez....

90 Pedro Carballo, abogado identificado por Pro-Búsqueda en adopciones ilegales.

91 De pie.

92 Psicóloga de Pro-Búsqueda.

Inés



Me llamo Inés, nací el 24 de noviembre de 1968. Hasta los nueve años residí en Ciudad Arce y después nos vinimos a Santa Lucía. Éramos ocho hermanos, pero sólo crecimos juntos dos, porque los otros ya estaban en Estados Unidos. Nos criamos con mi mamá. Mi papá murió de un paro cardíaco cuando yo era pequeña. No lo conocía mucho porque estaban separados.

Mi padrastro maltrataba a mi madre. Me acuerdo de que, un día, agarré una pistola y cuando el señor lo vio dijo: “Ésta matarme quiere”. Pero como tenía seguro no se disparó. Estaba chiquita...

Cuando empezó la guerra, yo tenía unos seis o siete años. Me acuerdo de que uno que era guerrillero me quería agarrar y me dijo: “Vos, *chaparra*⁹³, te vas a ir con nosotros”. Yo salí corriendo hacia la casa de mi mamá y le dije: “Me viene siguiendo y me dice que me van a agarrar para la guerra”. Pero, si me hubiera agarrado... ¡A saber!

A los dieciséis años y medio, en el 85, me quedé embarazada de mi hijo Jorge. Era mi primer embarazo. En total he tenido dos hijos. Me tocaron muy malos padres. En el primer hijo yo fracasé con el papá. Me llevó para su casa en El Majahual, me fui a escondidas de mi mamá. El me embarazó y cuando se lo dije me respondió: “Ese niño no es mío”. Me quedé viviendo

93 Bajita.

con mi suegra que decía: “Mire, *mija*, él no va a venir, así las deja aquí, me ha traído ya a tres mujeres embarazadas”.

El me embarazó y cuando se lo dije me respondió: “Ese niño no es mío”.

Durante el embarazo me daban grandes dolores de cabeza, pero me decían que eran puros nervios. Salía a la calle que me quería matar. Me entró como un trastorno mental. Mi mamá escondía machetes, trinchantes, todo lo escondía, porque decía que estaba loca. Pero me quedé bien, gracias a Dios, y ella me ayudó cómo pudo para que yo saliera adelante.

En el 86 nació Nathan. Se llevaba solo meses con Jorge. Mi mamá estuvo conmigo en los dos embarazos. Yo fui a decirle al papá de Nathan que estaba embarazada y él me contestó: “Tú no vas a destruir mi matrimonio, yo me voy a casar”. “No hay problema” le dije, di la vuelta y me vine a casa. No me preguntó ni cómo iba el embarazo.

Me hicieron una cesárea y me dijeron que el niño había nacido muy bien. Lo vi y estuve con él. Después llegó otra persona y me dijo que tenía que firmar unos papeles para la partida de nacimiento y di mi carné de *minoridad*⁹⁴.

Antes, después de una cesárea te tenían ocho días en el hospital. A los cuatro días me dijeron: “Tu hijo acaba de morir de un paro porque tuvo problemas”. Yo empecé a preguntar por todos lados, en la sala de cunas, en la administración... no me hacían caso, me tomaban por loca. “Inés, tranquilízate”, me decían, “te van a meter presa”.

Me dieron un acta de defunción, pero yo no me lo creía. Fui a la Procuraduría de Pobres⁹⁵ y allí me informaron que mi hijo estaba vivo en el Consejo Salvadoreño de Menores. Me cuestionaron y me dijeron que yo estaba bien traumada, bien trastornada.

Ahí una mujer me dijo que si yo no lo podía mantener lo podía dar en adopción. Yo estaba en shock, porque lo primero que me habían dicho era que estaba muerto. Me dijeron que si aceptaba ya había una familia que se podía hacer cargo de él.

Estuve sola en ese proceso porque nadie me apoyaba en nada. Entonces, ¿dónde podía buscar? Pensaba: “Tal vez mi hijo va a ir con unas buenas personas”. Se me aparecía a veces, lo soñaba festejando sus cumpleaños, que lo *apapachaban*⁹⁶... Lloraba de ver eso en mis sueños. También soñaba que él venía a buscarme a mí. Después de la adopción, me fui a trabajar a Guatemala.

Un día me llamaron los de Pro-Búsqueda y me preguntaron si yo había perdido un hijo durante el conflicto armado y me dijeron que él me andaba buscando, que quería saber de mí.

Yo pensé: “¿Será que me están haciendo una broma?” No sabía si estaba enloqueciendo. Se lo conté a mi esposo y me dijo que fuéramos a El Salvador. La noche antes no podía dormir. Pensé en la niña que se me había muerto en el 2002, cuando estaba yo de seis meses de embarazo. Ésta sí me la entregaron, me la dieron en un frasco porque estaba deformada. Me lo enseñó el doctor Solaris... Sé cómo se llamaba el doctor porque, desde que me pasó la primera vez, ahora siempre miro la identificación.

Un día me llamaron los de Pro-Búsqueda y me preguntaron si yo había perdido un hijo durante el conflicto armado y me dijeron que él me andaba buscando, que quería saber de mí.

A los treinta y dos años pude darle el primer abrazo a mi hijo. Yo no lo creía, fue una emoción muy grande. Se parece bastante al papá. El reencuentro fue un poquito bueno y un poquito malo. Primero nos vimos en las oficinas de Pro-Búsqueda, pero después hicimos una visita a la familia del padre y allá hubo momentos incómodos. Pero él nunca se apartó de mi lado, allí donde yo andaba, él andaba...

Pasó ocho días acá. Una tía de él me animaba: “Dile a Nathan que se quede aquí, ésta es su casa, aquí puede vivir el tiempo que quiera”. Bien optimista ella...

94 De menor de edad.

95 Institución donde se atienden casos sociales. Más tarde, pasó a llamarse Procuraduría General de la República.

96 Abrazaban.



Ahora nos comunicamos por mensaje y nos mandamos corazoncitos y le digo que le extraño. Él también me manda mensajes bien bonitos. Podemos hablar gracias al traductor porque entiende el español, pero no lo puede pronunciar muy bien.

A los treinta y dos años pude darle el primer abrazo a mi hijo. Yo no lo creía, fue una emoción muy grande.

María Eusebia



Me llamo María Eusebia, nací en 1953, en San Benito de Las Reinas. Nosotros éramos seis hermanos. Cuando mi papá murió, yo tenía diez años. Nos quedamos con mi mamá, que ahora también está muerta. Mi infancia fue algo difícil. Me gustaba trabajar en las haciendas, andaba cortando los pepinos, tomates, sacando *papas*...

Nos vinimos a San Miguel porque, cuando la guerra, *todo* perdimos. Recuerdo la gran *balacera*, que no aguantábamos... Dios nos libró porque murieron varios. Una madrina mía tenía al muchacho acostado en la hamaca y ni ella se dio cuenta de que estaba ya muerto. Gracias a Dios que nosotros salimos vivos. Yo ya tenía cuatro hijos. Después me fui para San Salvador a trabajar en una hacienda con una de mis hermanas.

En total he tenido ocho hijos: Armando fue el primero, después tuve a Gladis y a Estelita, que murió a los veinte años porque no le pudimos dar tratamiento. Después de Estela estaban Mauricio, Virginia, que es la niña que me quitaron, José Antonio y Rosita. También tuve un aborto...

Me quedé embarazada de Armando con quince años. Nunca tuve atención médica. El parto fue normal. Tenía miedo, pero Dios me dio resistencia. Mi mamá decía que nació en la oscuridad porque entonces no teníamos luz, con *candil* nos alumbrábamos. Gracias a Dios que nació bien sano.



Fue en San Salvador que conocí al papá de esa niña que me quitaron. Pero el papá no me ayudó en nada, ni sé dónde vivía, sólo que trabajaba por el *beneficio*⁹⁷ de Ateo. Estaba con mi hermana en Los Planes de Renderos cuando me agarraron los dolores como a las siete y media de la tarde, y la tuve en el Hospital de La Maternidad. Todo normal.

No supe que era una niña hasta que me la enseñaron. Yo siempre esperé una niña, porque me gustan las niñas. Recuerdo que tenía el pelito negrito, la carita como redonda, chiquita... sólo eso pude ver.

Cuando nació la niña yo vivía en casa de mi hermana, no trabajaba. Como tenía tantos hijos y seguiditos, mi cuñado me preguntaba cómo iba a criar a tantos niños si yo estaba de *posada*⁹⁸, que esa nueva niña iba a sufrir. Yo creo que todo fue cosa de mi cuñado, porque mi hermana no salía, ella siempre estaba en la casa.

Antes de que la niña naciera mi cuñado me habló de ponerle unos padrinos y yo acepté, porque padrinos

siempre le pone uno a los niños. Pero a mí nadie me dijo que se iban a llevar a la niña, solo la agarraron y no la volví a ver.

Me decían que iría viendo a la niña, que iba a tener fotos de ella... y nadita de eso. Yo le preguntaba siempre a mi hermana dónde estaba, que quería verla... Me decían que tenía que esperar.

Cuando me bajó la leche a los pechos lo pasé muy mal. Me quedé ida de la mente, costó que yo volviera. Estaba callada, no podía hablar. Mi hermana parecía arrepentida, porque me veía bien mal... hasta ella se puso a llorar. Yo no sé si fue cosa de mi cuñado...

Mi mamá me decía que tuviera esperanza, que no dijera que tenía a la niña perdida porque esos niños iban a buenas manos. "¿Van para dónde?", le preguntaba yo. Y de ahí ya no me volvió a decir nada. También mi hermano dijo que fue un error porque yo podría haber tenido a todos mis hijos, aunque fuera amontonados...

Soñaba que yo tenía a la niña. Me decían que tenía que ser fuerte, que yo no hubiera podido criarla. "Cómo no, sí que hubiera podido", les decía. Después cambiaron la versión y me dijeron que la niña estaba enferma, que venía con agua en la sangre, que yo no podía pagar el tratamiento...

No hablé de esto con nadie, porque yo me sentía bien mal. Le pedía a Dios que alguien le contara a la niña que yo soy su madre. Quería saber si estaba viva...

Un día me contactaron de Pro-Búsqueda a través de una nuera mía. Cuando ella vio el nombre de Virginia Durena, recordó que yo tenía una hija que se llamaba así, pero que no sabía si estaba viva.

Lo primero que le diría es que la amo mucho y de ahí le contaría muchas cosas.

Yo le pido a Dios que la voy a encontrar. Me mantengo fuerte por la voluntad de Dios. Espero que la voy a conocer. Lo primero que le diría es que la amo mucho y de ahí le contaría muchas cosas.

97 Lugar donde se procesa el café.

98 Viviendo en casa ajena.

Reflexiones

La desaparición forzada de un ser querido genera un dolor inconmensurable que se prolonga en el tiempo y rompe a familias y comunidades. Tal y como relata Isabel, la pérdida de sus hijos “fue peor que la guerra”. En los testimonios que conforman esta publicación se evidencia cómo las desapariciones forzadas impactan de forma diferenciada en las mujeres, tanto por su rol de madres como por su liderazgo en la búsqueda de sus hijos e hijas a lo largo de los años, de forma individual o colectiva, ante la sistemática ineficiencia de las instituciones.

Estos relatos dan cuenta de que la violencia en la vida de las mujeres se expresa como un *continuum*⁹⁹ en el tiempo y en el espacio. Las prácticas violentas sobre los cuerpos de las mujeres son destacadas en tiempos de guerra, pero también en tiempos de supuesta paz. Algunas de las mujeres que comparten su testimonio aquí han vivido violencia de género y doméstica desde su niñez, perpetrada por familiares sobre ellas o en sus madres, han sido víctimas de abuso por parte de sus maridos y de hombres de su entorno y también han sufrido episodios de acoso y violencia sexual, de la que también han sido víctimas sus hijos e hijas. Sus derechos sexuales y reproductivos han sido vulnerados, en forma de violencia obstétrica o esterilización forzada.

Otro factor de revictimización es la situación de pobreza que estas mujeres describen a lo largo de su vida y que se agravó aún más con el conflicto armado y por el desplazamiento forzado al que se vieron abocadas. La falta de recursos económicos y su situación de vulnerabilidad sirvió como justificación y pretexto para quitarles a sus hijos e hijas. Tras la desaparición de sus hijos, sus voces fueron silenciadas y se les negó el derecho a obtener justicia.

Ante todas estas violencias aún se hace más admirable la capacidad de resiliencia de estas

mujeres, que no sólo han sobrevivido, sino que han cargado sobre sus hombros el peso de la lucha para acceder a la verdad. Sin estas mujeres, El Salvador habría borrado de su memoria los crímenes cometidos durante el conflicto armado, tal y como se pretendía con la Ley de Amnistía¹⁰⁰. Estas mujeres traspasaron su papel de víctimas y asumieron la exigencia de verdad, justicia y reparación. Toda la sociedad les debe este empeño, trabajo y fuerza y debe reconocer su invaluable contribución a la paz.

Estas mujeres traspasaron su papel de víctimas y asumieron la exigencia de verdad, justicia y reparación.

La desaparición forzada impide llevar a cabo un proceso de duelo y las familias afrontan lo que se conoce como una *pérdida ambigua*, una situación en la que no se sabe si la persona se encuentra viva o muerta. Este sufrimiento permanente se agrava con la impunidad, la desidia del Estado y la falta de interés de la sociedad. El aislamiento de estas mujeres se exagera cuando el Estado promueve el silencio, no reconoce de forma adecuada las desapariciones ni favorece la memoria colectiva sobre lo sucedido. Como expone Margarita:

Con el paso de los años, la esperanza de encontrarlos con vida es menor, por eso lo que exijo es que nos digan la verdad, que abran los archivos y nos cuenten lo que ocurrió [...] dejarlos ir definitivamente y vivir este proceso. Será difícil, porque no hay un lugar dónde ir a poner flores, pero podríamos ir a poner una “plaquita” con sus nombres “por aquí pasaron”. Creo que saber la verdad es nuestro derecho¹⁰¹.

99 El *continuum de la violencia* es un término utilizado por Cynthia Cockburn (2004) que hace referencia a una inercia y continuidad de la violencia en la vida de la gente, y especialmente de las mujeres, donde sus historias parecen transcurrir en un continuo donde la norma y la constante es la violencia en su contra, siempre y en todo lugar.

100 La Ley de Amnistía promulgada en 1993, justo después de la firma de los Acuerdos de Paz que pusieron fin al conflicto armado, impedía toda acción penal contra cualquier clase de actos vinculados con la guerra y cometidos antes de 1992, por graves que fueran los crímenes. Debido a la presión de las organizaciones de víctimas, esta ley fue declarada inconstitucional en 2016.

101 Testimonio de Margarita.

Esta situación de ambigüedad acaba repercutiendo de forma latente en la salud mental y genera un estrés crónico. Según las Naciones Unidas, los síntomas que sufren las familias de las personas desaparecidas se comparan a la experiencia de la tortura y los malos tratos.

En el caso de las mujeres, el impacto psicológico de la desaparición forzada incluye síntomas como pesadillas, ansiedad, depresión, culpa, rabia, insensibilidad emocional, evasión, un estado de alerta permanente y trastornos del sueño. Muchas mujeres somatizan el estrés de la desaparición en forma de hipertensión, fatiga y dolor crónicos. Las desigualdades de género en el acceso a la salud aumentan el riesgo de cronificación y empeoramiento de estos síntomas. Todas las mujeres entrevistadas aluden a problemas de salud mental en más de un momento de su vida.

Ante las desapariciones, las familias viven fuertes cambios en sus estructuras. Existen tensiones y sobrecargas de responsabilidades e incluso la vivencia de una segunda desaparición: la de los familiares que se dedican a la labor de búsqueda. Cuando son las mujeres quienes lideran esta búsqueda, son culpabilizadas por descuidar sus tareas domésticas o el cuidado de los otros hijos.

La tenacidad de estas mujeres y de sus familias ha permitido, décadas después, determinar el paradero de cientos de estos niños y niñas desaparecidos, hoy personas adultas.

Las mujeres que nos han compartido sus relatos han tenido que sacrificar gran parte de su vida privada para impulsar las tareas de búsqueda, investigación y denuncia de sus casos. Como explica Francisca, las madres pasaban días enteros esperando ante la fiscalía o los juzgados, preparando marchas o haciendo actividades públicas para dar a conocer lo que había sucedido¹⁰².

La tenacidad de estas mujeres y de sus familias ha permitido, décadas después, determinar el paradero de cientos de estos niños y niñas desaparecidos, hoy personas adultas. La desaparición también tuvo un efecto traumático devastador en ellas. En el caso de los menores que fueron separados forzosamente de sus familias biológicas cuando eran muy pequeños, se añade una ruptura total con su identidad biológica y, en algunos casos, con su identidad cultural.

La reconstrucción de los lazos familiares es un proceso muy complejo. Cada caso tiene sus peculiaridades: algunos niños tienen recuerdos traumáticos de la guerra, otros sienten un profundo sentimiento de abandono, otros desconocen el porqué de la separación, etc. Las familias que perdieron a un niño o niña se reencuentran con una persona adulta que no ha tenido un sentimiento de pertenencia a esa familia.

Aun así, la experiencia de Pro-Búsqueda en el tratamiento de estos traumas permite asegurar que el reencuentro entre la persona localizada y su familia biológica es sumamente sanador para ambas partes. Todavía más si la familia adoptiva también participa. Es un momento muy emotivo que da pie a formular preguntas que han estado latentes durante muchos años y permite cerrar algunas de las heridas causadas por la separación.

El Salvador no puede “pasar página” como se ha insinuado, porque estas mujeres y muchas otras víctimas, todavía no han obtenido justicia. Así lo demuestra que, después de más de tres décadas, no se ha logrado conseguir ninguna sentencia que responsabilice a alguno de los victimarios por la desaparición forzada de menores. Debemos recordar que, para no repetir la historia, ésta no se tiene que olvidar.

Las peticiones de las madres son claras: apertura de los archivos militares, creación de un banco nacional de perfiles genéticos e individualizar responsabilidades. Sólo así se podrá empezar a sanar las heridas abiertas de El Salvador.

COLECCIÓN
memoria

La **Colección Memoria** reúne historias sobre desapariciones forzadas con el objetivo de hacer un ejercicio de memoria histórica a través de testimonios de quienes han sufrido este delito de lesa humanidad. Los dos primeros cuadernos se centran en las madres víctimas de desaparición forzada de sus hijos e hijas. Este volumen recoge testimonios de madres cuyas hijas e hijos fueron desaparecidos forzosamente durante el conflicto armado salvadoreño (1980-1992).

La **Colección Memoria** es una iniciativa de Reds (Red de solidaridad para la transformación social) con el apoyo de la Agencia Catalana de Cooperació Al Desenvolupament (ACCD) de la Generalitat de Catalunya.

Edita:

Con el apoyo de:

Entidad colaboradora:



El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de Reds y no refleja necesariamente la opinión de la ACCD.

